

bras: "Si quieres vengarme, trabaja". Ochenta y ocho años de trabajo al servicio de su patria, fueron la más brillante hoja de méritos que se llevó consigo a su última morada en la tierra vendeana, aquel gigantesco artífice del triunfo de Francia, en la que creía con esa fe entre racional y mística que suple a la falta de sentimiento religioso en el hombre apasionado que no tiene el consuelo de una religión.

Y no sé por qué, pero en muchas ocasiones, la estatua del salvador de Francia se transforma en mi mente; pierdo por un momento sus contornos y reaparece, pero como si la viera en sus tres dimensiones, una fotografía de Winston Churchill muy divulgada por el mundo entero, en la que el premier inglés aparece junto a un puesto de la defensa de Inglaterra, apoyado sobre el pie izquierdo que tiene adelantado y con la mano derecha sobre el bastón; el sombrero de media copa y un largo cigarro entre los dientes completan la figura del primer ministro, al que están mirando sonrientes unos cuantos Tommys. En realidad, Clemenceau y Churchill, tienen poco parecido físico probablemente porque uno y otro son prototipos de sus respectivos pueblos... y a pesar de ello, el paralelo entre el hombre de la guerra del 14 y el de la guerra actual es, no sólo inevitable, sino que a medida que el tiempo pasa se acentúa y se perfila más.

Churchill aprendió a amar al Imperio británico combatiendo en la India, y en Egipto y en Sur-Africa, y hoy lo defiende con tozuda energía inteligente contra los nazis que amenazan las islas británicas, y los japoneses que pretenden adueñarse de las tierras imperiales de Asia y de Oceanía, y los propios ingleses que critican su esfuerzo formidable. Clemenceau aprendió a amar a Francia combatiendo a sus enemigos con una pluma mordaz en *La Justice* primero, en *L'Aurore*, después, en la *Republique Française*, más tarde, en *L'Homme libre* y en *L'Homme enchaîné*, por último. Pero si Churchill combatía por ser soldado y escribía para ejercitar su espíritu; Clemenceau polemizaba por ser escritor y se batía en duelos para ejercitarse en el peligro y vencerlo.

En la vida de Churchill hay un episodio novelesco: el de su detención en la aventura del tren blindado en el Transvaal cuando Luis Botha, más tarde general boer y luego primer ministro sudafricano miembro de la conferencia imperial británica, amenazándolo con su fusil, logró hacerlo prisionero. Churchill escapó y el tiempo deparó en su transcurso el placer de ser uno de los mejores amigos de su aprehensor. En la vida de Clemenceau hay otra anécdota: a raíz de la derrota francesa de 1870, en el año siguiente, el joven médico Georges Clemenceau era alcalde de Montmartre durante el episodio de la Comuna de París. Los revolucionarios quisieron deshacerse de su autoridad

y llegaron a amenazarlo de muerte. Andando el tiempo, el alcalde de Montmartre salvaba a Francia de la pérdida de los principios de libertad e igualdad en cuyo nombre lo habían amenazado los revolucionarios del barrio parisiense.

Una obsesión es el motor de la vida pública de ambos: Clemenceau sueña con el desquite que lava la derrota inflingida a su patria al arrebatarse Alemania triunfante las dos regiones de Alsacia y la Lorena; espera su hora para demostrar que Francia puede y debe triunfar, y ese ánimo le conserva fuerte y ágil para dirigir y levantar a su pueblo en las horas difíciles en que todo parecía perdido. Churchill sueña con la grandeza del Imperio que nos torpes van metiendo en peligroso aprieto. Grita en el parlamento pidiendo armamento eficaz; escribe en los periódicos señalando los peligros del estado idílico de desarme en que se encuentra la Gran Bretaña, y la tragedia de sus profecías se va cumpliendo; el enemigo juega con la candidez de los políticos ciegos; se fortalece mientras se habla de paz y va preparando cuidadosamente los planes de agresión. Churchill es considerado por muchos de sus compatriotas como un exaltado energúmeno, y de igual modo que cuando en Francia se ve la antepartida del desastre de 1917, hay que llamar a Clemenceau que parecía un solitario predicando en el desierto desde su tribuna de *L'Homme Enchaîné* para que asuma el riesgo máximo, así en Inglaterra se hace preciso llamar a Churchill a fin de que enderece, cuando se ha perdido un tiempo precioso, las torpezas de sus antecesores.

En las *Memorias de guerra* del general Ludendorff se lee lo siguiente: "En noviembre de 1917, Clemenceau llegó a la presidencia del consejo. Era el hombre más enérgico de Francia. Había vivido el año 1870 a 1871 y era desde entonces uno de los más fogosos representantes de la idea del desquite. Clemenceau sabía perfectamente lo que quería. Hizo la guerra, comprimó toda la agitación pacifista y consolidó la moral de su país". Y Ludendorff tenía sus motivos para conocer al *Padre Victoria* que cuando el parlamento le criticaba, respondía con profundo orgullo: "Sí, vosotros criticáis; yo, entretanto, hago la guerra". También de Churchill tendrá que decir quien haga la historia de esta espantosa guerra mundial que sabía perfectamente lo que quería y que lo dijo el día 13 de mayo de 1940 en el primer discurso que hubo de pronunciar en la cámara de los comunes como jefe del gobierno inglés, sucesor de Chamberlain: "Me preguntáis cuál es nuestro objetivo? Puedo responderos con una sola palabra: la victoria, la victoria a toda costa, la victoria por encima de todos los terrores, la victoria por largo y penoso que pueda ser el camino, porque sin la victoria, no podríamos so-

brevivir". Momento en el cual, como en noviembre de 1917, Clemenceau, ganó Winston Churchill el sobrenombre histórico de *Padre Vic-*

toria de la más grande guerra que la humanidad ha tenido la desdicha de sufrir.

JOSÉ DE BENITO

De la Vida y de la Muerte

(En el *Rep. Amer.*)

IX

Del Amor

Hoy, ya no se hace difícil admitir que el Universo es vibración. La materia necesaria a nuestros sentidos corporales no es más que energía concentrada. La alquimia había establecido que la materia era única, porque única era la fuente de donde procedía. La substancia elemental básica, adaptándose a condiciones especiales de calor, presión y electricidad ha dado lugar a elementos más complejos en cuanto a peso y propiedades, y hasta tal punto llega la concentración material, que, pasado éste, los cuerpos se desintegran. Todos los que conocen los principios de la bioquímica saben que aquellos cuerpos que en la serie de Mendelejef ocupan lugares posteriores al plomo, se desintegran en condiciones normales; es decir, pierden peso atómico y se convierten en elementos que ocupan, en dicha serie, lugares inmediatos inferiores hasta llegar al plomo, último cuerpo estable.

La ciencia, por fin, nos dice que el átomo es equilibrio de energías contrariadas, pero de igual naturaleza. Del átomo al Universo no hay gran diferencia: si maravilla hay en lo grande, admirable perfección y misterio existe en lo pequeño. De estas dos energías complementarias, la positiva y la negativa —que los antiguos iniciados representaban por medio de la cruz— depende todo, hasta el amor.

Tomando por base la existencia de esta dualidad, podemos, decir que el Cosmos es dual. Toda fuerza, todo efecto, todo ser cuenta con su opuesto complementario. Lo positivo tiene lo negativo; la luz, la oscuridad; el macho, la hembra; el hombre, a la mujer... La tendencia a encontrarse estos opuestos para neutralizarse, se llama afinidad, y ésta existe tanto en los átomos como en las almas. Por ella, los primeros se juntan para formar la molécula, que es el comienzo de la materia compuesta; las segundas, para lograr un estado de equilibrio, de ponderación, de éxtasis. Advierto que no hablo de matrimonio civil ni religioso, sino de una verdadera unión de almas. Por el matrimonio pueden concertarse dos seres de diferente sexo por mandatos distintos: atracción sexual, imperativo de una descendencia, fines económicos... Por afinidad se unen las almas sintiéndose complementarias.

La Biblia nos dice que Dios hizo al primer hombre a su imagen y que era dual: hombre y mujer, es decir, andrógino. Había dos en uno: era un equilibrio de almas. Sólo cuando aquel ser edénico sintió la inquietud de conocer el misterio universal y eterno, se desdobló; se hizo varón y hembra: el elemento positivo se separó del negativo: se estableció el desequilibrio. Pero el equilibrio sentía la necesidad de restablecerse, y aquella afinidad tan sutil que llega a todos los lugares, tendió a formarlos, por ley de necesidad.

El hombre es vibración; la mujer también lo es. Si ambos son de tal tónica que experimentan la fuerza de complementarse, lo hacen, salvando obstáculos si los hay, formando la pareja ideal.

Esta misma afinidad suele establecerse entre padres e hijos; entre amigos y hasta entre los hombres y las cosas. No será difícil comprender el por qué la muerte de un ser acarrea, algunas veces, la de aquel otro que, espiritualmente, estaba unido a él: la del hijo después de la del padre o la madre; la del nieto respecto a uno de sus abuelos; la de un cónyuge luego del fallecimiento del otro.

Cuando la unión de dos seres se ha hecho por pura atracción espiritual, llega a tal punto su compenetración, que el uno presiente lo que le ha de suceder al otro. Y es que, la mente, como vibración que es, habla entre ellos, y la más ligera alteración en la índole de vibración en uno, la nota el otro en forma de inquietud, temor presagio...

Cuando existe la compenetración, hasta la mentira se hace imposible, porque el que miente altera el ritmo de la vibración de su mente y el otro ser nota tal cambio. Sólo la perfecta armonía entre ambos lleva el equilibrio...

Es triste que por motivos egoístas se vaya al matrimonio sin esperar a sentir la necesidad espiritual de los dos seres! Algo hay, de todos modos, que pesa en la materia en sentido de obligación, pues vemos, con frecuencia, que el hombre apocado se une a la mujer varonil; al marimacho, y lo contrario.

(Pasa a la pág. 190).